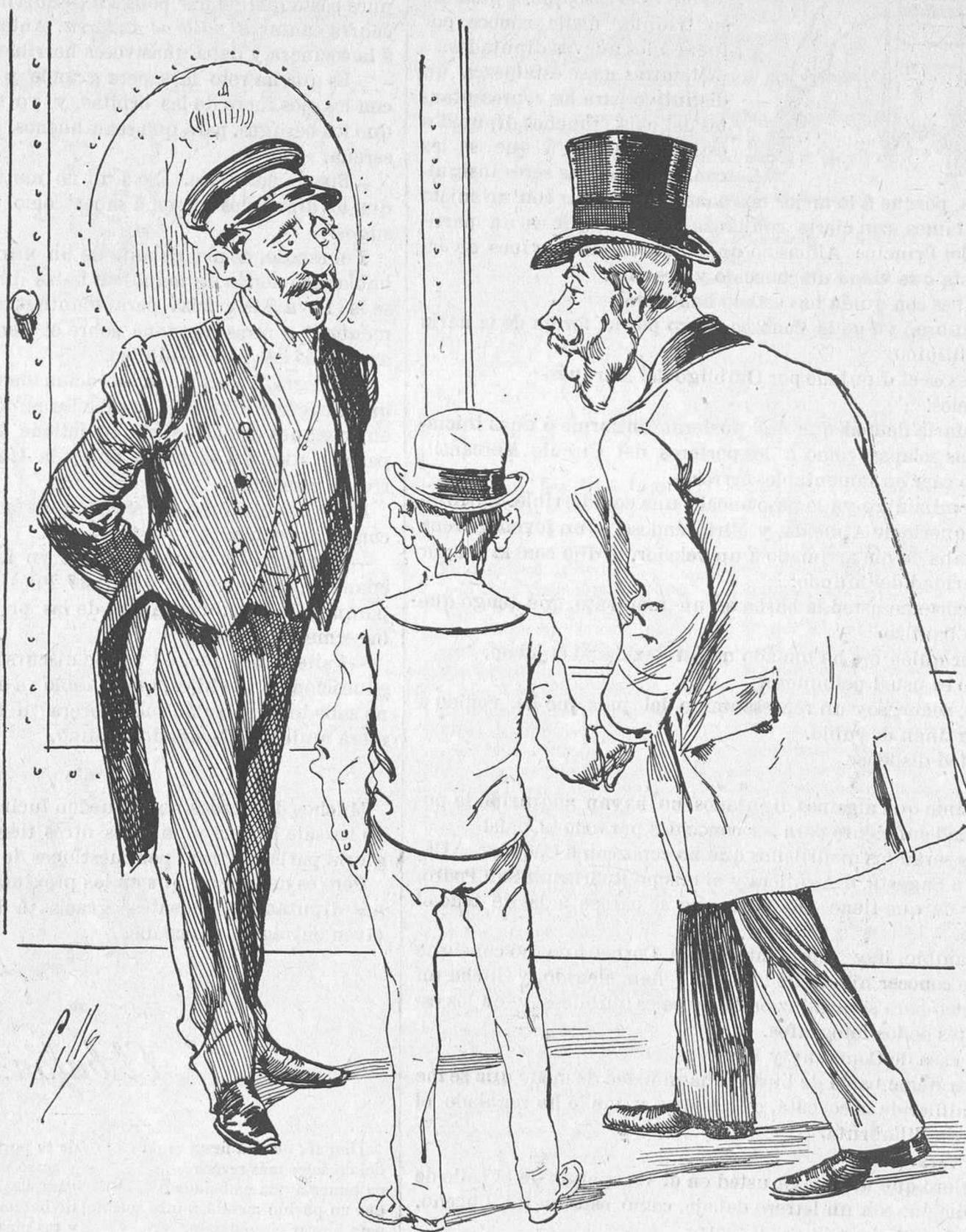


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Á la puertà del Congreso.



—Mire usted. En mi distrito hab'a siete mil ochocientos electores, y yo he obtenido doce mil votos. De modo que como me sobran cuatro mil doscientos, se los he aplicado á mi hijo mayor, y aquí se lo presento á usted para que pueda entrar á tomar parte en las sesiones... mientras encuentro un destinito correspondiente á su categoría.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El bufón, por Luis de Ansoarena.—¿Independiente?, por Eduardo Bustillo.—El real de la feria, por Juan Pérez Zúñiga.—A las puertas del cielo, por José Zahonero.—Mezcolanza, por Eduardo Villegas.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Coplas, por Ricardo Catarinea.—El peluquero, por Angel Vergara de Prado.—Advertencia poco importante, por S. Delgado.—Libros.—Anuncios.

GRABADOS: Á la puerta del Congreso.—Como se ve...—El sufragio libre (cuatro viñetas).—Á las puertas del cielo (cuatro viñetas), por Cilla.



¡Gracias á Dios que han terminado las elecciones!

Pero es el caso que, á pesar de su triunfo, nadie conoce por fuera á los nuevos diputados.

Mientras no se establezca un distintivo para los representantes del país, muchos diputados están expuestos á que se les confunda con los seres insignificantes, porque á lo mejor nos ponemos á hablar con un sujeto y le tratamos con cierta confianza creyendo que es un partiquino del Príncipe Alfonso ó un comisionista de vinos de Jerez, hasta que viene un conocido y nos dice:

—¿Sabes con quién has estado hablando?

—Hombre, yo no le conozco, pero por la forma de la nariz parece filipino.

—Pues es el diputado por Ombligo del Marqués.

—¡Cielos!

No estaría de más que les pusieran uniforme ó unas iniciales en las solapas, como á los porteros del Círculo Mercantil, para no caer en lamentables errores,

Á un mi amigo ya le pasó anoche una cosa terrible. Entró en la peluquería de Almeida, y dirigiéndose á un joven moreno que estaba de pie arrimado á un velador, le dijo con la mayor familiaridad del mundo:

—Recórteme usted la barba en un momento, que tengo que ir á un bautizo.

—¿Por quién me ha tomado usted?—exclamó el joven.

—¿No es usted peluquero?

—No, señor; soy un representante del país que he venido á que me tiñan de rubio.

—Usted dispense.

¡Lástima que algunos diputados no hayan adquirido la popularidad suficiente para ser conocidos por todo el país!

Pocos serán los madrileños que no conozcan á Castelar, á Cánovas, á Sagasta, á Aguilera y al mismo Rodríguez San Pedro, á pesar de que tiene una cara que se parece á la de todo el mundo.

En cambio, hay representante en Cortes que no consigue hacerse conocer ni aun de los que le han elegido, y lucha un día y otro para salir á luz en los papeles públicos y en los escaparates de los fotógrafos.

Va á casa de Company y le dice:

—Retrátame usted de busto y haga usted de modo que se me vea el alfiler de la corbata, que es fino y me lo ha regalado el comité de Villabruta.

—Se verá.

—Quiero que me ponga usted en el escaparate de la calle de la Visitación, con un letrero debajo, como está un tal Luceño, que me han dicho que es del teatro.

Company se niega á complacerle, y entonces el diputado va á ver á Napoleón y le pide que lo ponga en el portal con un marco grande.

—Yo sólo expongo niños más ó menos desnudos. ¡Como no quiera usted que lo saque en paños menores!...—dice Napoleón.

El diputado, viendo que no consigue su propósito, se resuelve á ver al director de *El Besugo Parlamentario*, periódico bimensual, y allí sale el retrato al fin y á la postre, que es como si no saliese en ninguna parte.

Otros diputados quieren darse á conocer por medio de la oratoria, y ya están preparando sus discursos desde hace unos días.

Hay quien salta del lecho y se encierra en su despacho para que no le molesten los niños ni le distraiga la mamá política con sus naturales reconvenções.

—Joaquín, ¿qué estás haciendo?—le pregunta su esposa por el ojo de la llave.

—¿Quieres no interrumpirme?—dice él desesperado.—¡Pero, señor! ¿Cuándo te vas á convencer de que soy un hombre público y necesito la soledad para prepararme?

—Como te he oído hablar, creí que estabas con la criada.

—¡Con la criada! ¿Sabes tú de algún diputado que se dedique á tan bajos oficios?... Y ten la bondad de dejarme solo, que me has cortado el hilo; y dile á tu madre que no meta bulla, pues basta que yo me ponga á discurrir para que á ella se le ocurra cantar *El valle de Andorra*. Antes estuvo regañándole á la cocinera y daba unas voces horribles.

—Es que ha roto la sopera grande y ha traído un besugo con los ojos fuera de las órbitas, y yo siempre he oído decir que los besugos, para que sean buenos, deben tener la mirada serena.

—Bueno, corriente. Eso á mí no me interesa. ¡Estaría bien que los diputados fuesen á saber cómo tienen los ojos los besugos!

Y el esposo, de pie, delante de un armario de luna, rompe á hablar moviendo las manos en todas direcciones; y unas veces se las lleva á la cabeza para manifestar desesperación parlamentaria y otras las pone sobre el vientre para expresar las angustias del Tesoro público.

La suegra, que tiene la intención de un Miura, como el que quiso coger al *Guerrita*, y sabe los puntos que calza su yerno en achaques de elocuencia, se detiene ante la puerta del despacho y rompe á cantar el *Vito* y la *Atala*, mientras finge barrer el comedor.

El yerno se enfurece y abre la puerta del despacho, diciendo con voz terrible:

—¿Usted se ha propuesto que yo haga un papel ridículo cuando pronuncie mi discurso? Pues se lleva usted chasco, porque pienso hablar en una de las primeras sesiones y he de hacerme aplaudir.

—Valiera más que, en vez de discursos, hicieras algo por la educación de tus hijos, que Manolo va á cumplir nueve años y no sabe todavía quién fué Cabrera ni cómo se llamaba la primera mujer de Fernando séptimo.

Muchos diputados no se pueden lucir como oradores porque no les sale la voz, y muchos otros tienen que renunciar á la gloria parlamentaria por cuestiones de familia.

Pero es de esperar que en las próximas Cortes surjan algunos diputados elocuentes, gracias á los preparativos á que viven entregados hace días.

Luis Taboada.

★

El bufón.

Después de una fiesta regia
del carácter más severo
en honor á una embajada
que un pueblo mandó á otro pueblo,
para buscar el contraste,
y así disipar su tedio,
mandó el monarca que fuera
el bufón á su aposento.
Y—¡Loco! le—dijo—habla;
en burlas eres maestro,
y pues todos se hacen lenguas

de tu portentoso ingenio,
y acaso naciste sólo
para alegrar á tu dueño,
diviértete con tu sátira
y tus picantes conceptos,
que el rey agradece un chiste
más que un discurso molesto.
Cumple tu oficio, bufón,
y deja á un lado el respeto;
cíñete tus cascabeles
y hazlos que suenen bien recio.

Si logras que la sonrisa
disipe mi adusto ceño,
te hago promesa solemne
de que encontrarás buen premio.
¿Qué te pareció la fiesta?
Habla en burla á este respecto,
que tu gracia es mayor gracia
cuando se aplica á lo serio.

— Señor—respondióle el otro,—
tan sólo que decir tengo
que allí fuisteis mi bufón,
con lo que yo fui rey vuestro.
—¿Yo tu bufón?—Claro está...
—¡Por Dios, que no te comprendo!
—Si vos me hicisteis reir
mientras duró todo aquello,
bufón fuisteis, y por tanto
yo era rey aquel momento,
pues me reía, de forma
que cambiábamos los puestos.
—Pero ¿qué hice?...—Lo que yo
hago para distraeros
muchas veces, pues fingíais
precisamente lo opuesto
á lo que pensabais, dando
señales de gran aprecio
á la embajada; lo cual
es burla, según yo creo,

que acredita condiciones
para el oficio que tengo.
Mas no paró aquí la cosa,
ni fué mi risa por eso...
Mi risa nació al mirar
que echabais á un lado el cetro
y, quitándoos la corona,
cual si os cansara su peso,
la poníais á las plantas
de una mujer, de gran mérito
por su hermosura, mas no
de tanto en otro concepto.
Y esto que digo, lo hacian
vuestras miradas tan cierto
que yo no pude engañarme,
y, á pesar de vuestro aspecto
ceremonioso y solemne,
veía, señor, que dentro
de vuestra augusta cabeza,
y en forma de pensamientos,
bailaban los cascabeles
que yo en mi corona llevo,
y, como es mucha locura
dos bufones para un reino,
pues vos hacías mi oficio
y yo reía, hice el vuestro,
¡que un rey bufón hace rey
al más loco de su pueblo!

Luis de Ansorena.

★

COMO SE VE...



Pasaron, á Dios gracias, aquellos ominosos [tiempos en que el buen gusto
estaba reñido con la ordenanza.

★

¿Independiente?

Al señor don Romualdo Valdespinos,
que es hombre muy pudiente,
con una renta que le sobra para
vivir divinamente;

como pudo ocurrírsele en sus ocios
el negociar en queso,
se le ha ocurrido hacerse diputado
y hablar en el Congreso.

Con carácter de puro *independiente*,
presentóse al distrito
con un programa halagador, brillante,
y variado, y bonito.

Con toda *independencia*, don Romualdo
fué á pedir al Gobierno
que no le molestase de algún prócer
el consabido *yerno*.

El ministro le dió seguridades;
pero con condiciones,
á las que un hombre independiente, altivo,
hubiera dicho: «¡nones!»

Se avino á todo el noble Valdespinos
en larga conferencia,
y al distrito corrió gritando alegre:
«¡viva la independencia!»
Llevóse en la maleta algunas onzas
en monedas distintas,
para que los votantes espontáneos
echasen unas tintas.

Y los caciques encontróse á pares,
y no les puso diques,
y firmó obligaciones que imponían
los dichosos caciques.

Á toda pretensión dió el *visto bueno*,
y hasta con cierto orgullo,
juró que taparía con el acta
yo no sé qué *chanchullo*.

Y al popular sufragio don Romualdo,
feliz é *independiente*,
—como al cartaginés la antigua España—
abrióse incautamente.

Triunfo tan colosal nunca se ha visto
como el de don Romualdo,
pues, al volcarse á palos los *pucheros*,
para él fué todo el caldo.

Mas ¿diputado *independiente* mi hombre
se llamará en conciencia?
Véanlo ustedes bien; ¡á cualquier cosa
se llama *independencia*!

Eduardo Bustillo.

★

EL REAL DE LA FERIA (1)

Fué el pobre Curro León
desde su pueblo natal
á la feria de Morón,
llevando por capital
un triste real de vellón.

Hizo el viaje el pobre chico
á pie, como es consiguiente,
pues le faltaba un buen pico
para comprarse un borrico
que fuera medio decente.

Llegó á la feria cansado.
¡Qué aspecto el de aquel mercado!
¡Si el laberinto aquel era
para dejar mareado
completamente á cualquiera!

Pitos, flautas, trompetillas,
cantares, imprecaciones,
comercio de cantarillas,
de santos y de melones,
de escabeche y de rosquillas;
mozas de ojos tentadores,
gentes empinando el codo,
chalanes engañosos,
caballerías menores
con rabo postizo y todo;
despampanantes gitanas,
de Onofroff émulas toscas;
carros, coches y tartanas,
mucho ruido de campanas,
mucho polvo y muchas moscas.

Todo esto en la feria había.
¡Pobre Currillo! ¡Qué mal
semblante se le ponía
al ver que sólo podía
gastarse un mísero real!

Mas tuvo un feliz instante
y una ocurrencia oportuna:
pasó el chico por delante

de una rifa *trashumante*,
y á ella echó con tal fortuna
que le tocó un buen reló,
reló que el Curro vendió
á un forastero ricacho,
que por la alhaja entregó
cuatro duros al muchacho.

Con un par de aquellos duros
compró un frasco de aguardiente,
comió una torta caliente,
fumó dos cigarrillos puros
y almorzó divinamente;
y un primo suyo *maleta*
que venía de El Molar
le dió por el otro par
de duros una chaqueta
muy maja de torear,

que Curro vendió á un inglés
tourista de nacimiento,
quien dejó á Curro contento,
porque le dió veintitrés
duritos en un momento;

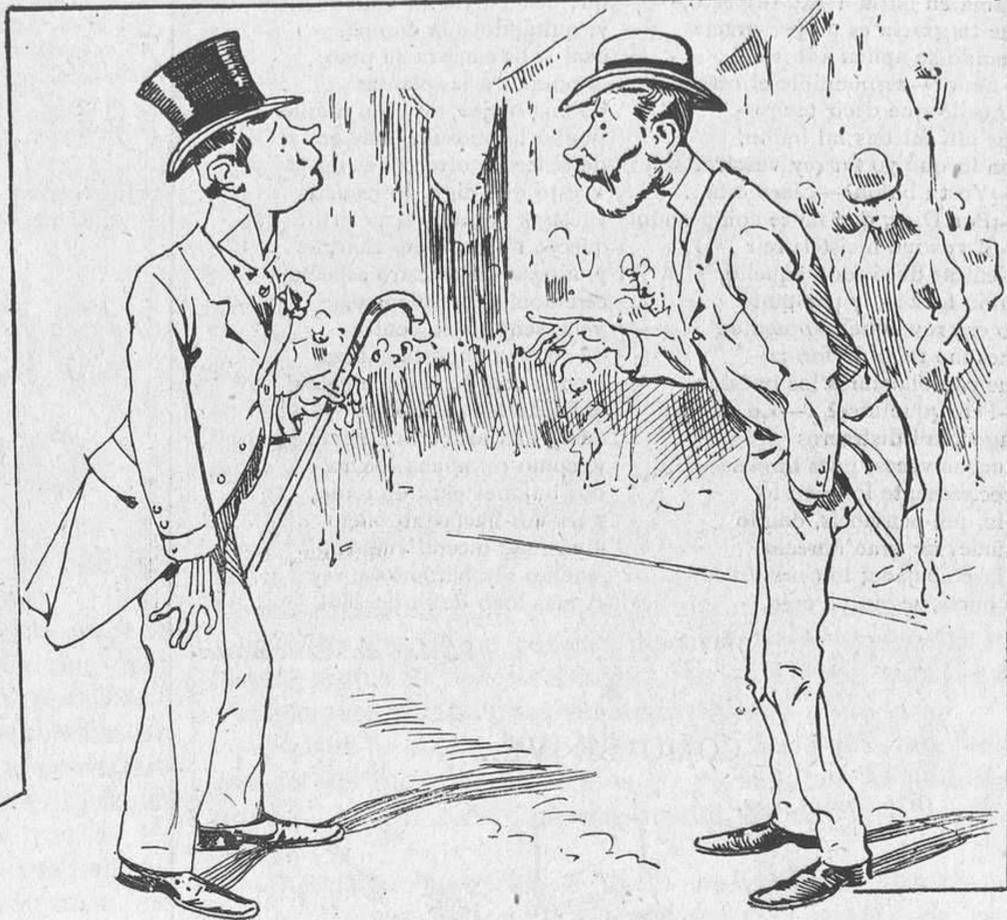
con los que se ferió el chico
un sombrero, que el tendero
le afirmó que era muy rico,
y un excelente borrico
de igual clase que el sombrero.

¡Aún le sobraron dos reales!
Y á las seis horas cabales,
probanáo que no era un zote,
volvía en su burro al trote
por cañadas y arenales,
él, que fué sin ilusión
á la feria de Morón
desde su pueblo natal,
llevando por capital
un triste real de vellón.

Juan Pérez Zúñiga

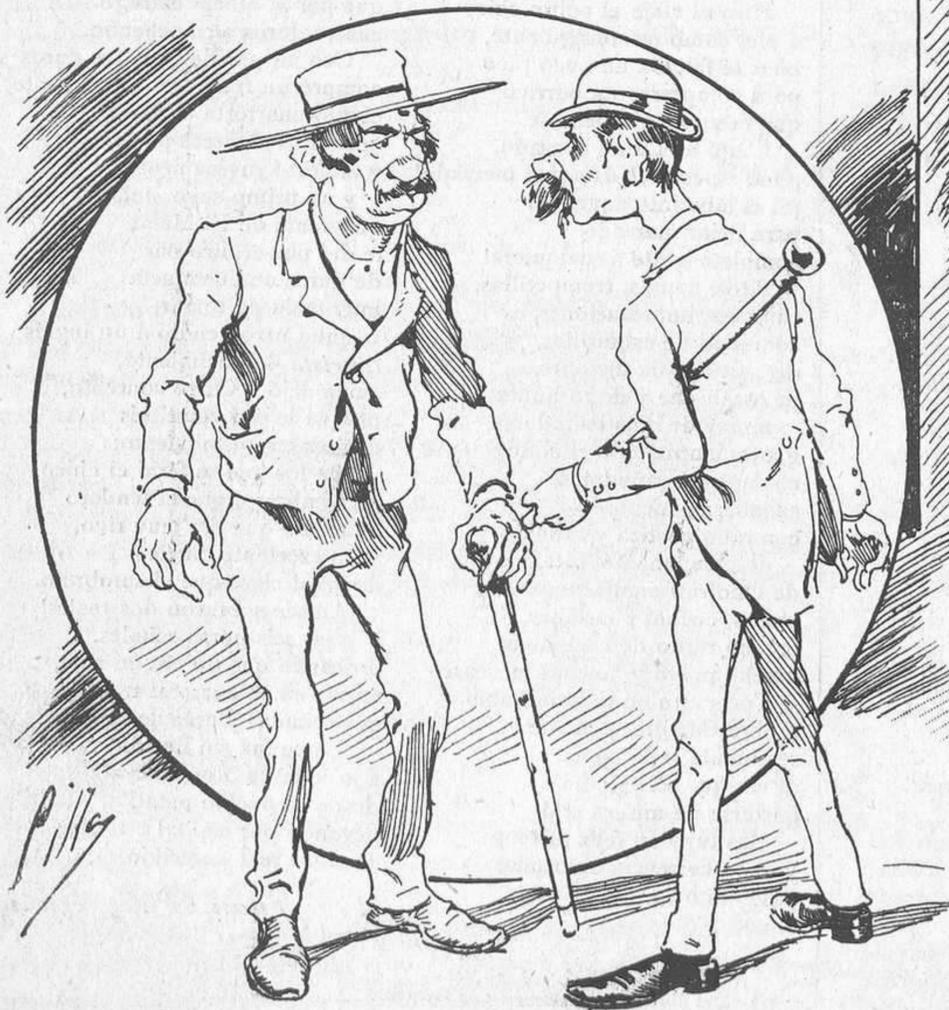
(1) Del libro en preparación *Chapucerías*.

El sufragio libre.



—Pero ¿usted ha salido diputado?
 —Sí, señor, por un distrito de Cuba.
 —Y ¿sabe usted dónde cae eso?
 —Supongo yo que será por los alrededores de las Calatravas, porque como soy allí tan conocido...

—Puede que se anulen las elecciones, pero ¿quién me va á anular á mí los cuatro trompis del presidente de mesa?



—¿Quedrás creer que me ofrecieron tres pesetas por votar en treinta y cinco colegios, treinta y cinco veces en cada uno? ¿Y quedrás creer que entavía no les he visto el pelo á los doce reales?



—Seis mil votos á dos duros hacen doce mil duritos. ¡Y así se tienen seguros los distritos!



A las puertas del cielo.

El sueño, como efecto cerebral de un ciego que por operación recobra la vista, es una maravilla para estudio del psicólogo.

BECKER.

I

—Vamos, pasa, y no te embobes...—le dijo San Pedro.—Mira que aquí se abren pocas veces las puertas, y el que pierde el tiempo y no entra pronto, se queda fuera por una eternidad.

—Allá voy, señor Dios.. sino que como he sido en vida ciego de nacimiento y ahora por primera vez se abren mis ojos y veo una luz clarísima, estoy asombrado—replicó Juanillo.—¡Señor Dios!

—Yo no soy Dios, pobrete.

—Como sois tan resplandeciente...

—Pues yo soy el portero, como quien dice el último de la casa; conque figúrate cómo será el Señor Altísimo. Ni tú has penetrado aún en la gloria, pues estás en la entrada de la portería.

—¡Ah, señor San Pedro!—exclamó Juanillo.—De vuestra parroquia he sido, y fui devoto vuestro.

—Sí, hombre, sí, estoy enterado... bien te he oído, porque desde el cielo, aunque estamos á tan gran distancia de la tierra, todo se oye. Has de esperar aquí la orden de entrada, y aunque ganaste el cielo, es necesario cumplir las formalidades del juicio... Siéntate allí y aguarda; pero no vuelvas á traspasar esa puerta... porque repito que si ella se cerrase y te cogiese fuera... ya no podrías entrar en la gloria, pues en tal caso, sólo una vana curiosidad podría haberte obligado á salir de la gloria... y aquí hemos de estar eternamente limpios de todo necio deseo.

Aguardó Juanillo, lleno de alegría. Ya de sus ojos había caído la venda...

Momentos antes había muerto en la tierra, aún no habían sepultado su cadáver... y ya por haber Juanillo sufrido con resignación su cruz, su ceguera tenebrosa, merecía el premio.

No bien había expirado Juanillo, cuando se halló en las mismas puertas del cielo, y allí, donde tantos bienes han de hallar los humanos justos y virtuosos, no había de faltarle la sensa-

ción casi celestial de la vista, de la cual gozan hasta los malvados de la tierra.

En efecto, ya en el portal del cielo se había operado el milagro.

El goce de la luz fué para él, no gradual y levisimo como el que aquí en la tierra proporcionan los oculistas á los enfermos de ceguera que aquéllos curan, sino instantáneo y completo.

No padecía de alucinaciones, ni de ofuscamientos, ni vió los falsos colores accidentales; ninguno de los errores que por acá sufren nuestros débiles ojos, ninguna de las visiones erróneas: ni inversión, ni convergencia ó divergencia de los rayos luminosos; ni la fatiga ni el deslumbramiento; ni el daltonismo ó acromotopsia, ni la diplopia, ni la hemiopia, ni la primera, por la cual no se pueden apreciar los colores, ni la segunda, por la que se ven dobles los objetos, ni la última, por la que se ve sólo la mitad de ellos, ni la presbicia, ni la miopía... La luz vió como no podemos verla en el mundo sin que la sombra nos la vulnere, sin que confusos cambiantes nos perturben su pureza. ¡Somos casi ciegos los desterrados en este valle de lloriqueo! La luz pura, la luz celestial fué la que vió Juanillo pasmado de asombro.

Círculos tras círculos de hermosísimos colores, franjas de un rosado vagaroso de tenue luz, ráfagas fulgentísimas en las cuales se veían millones de cabecitas de angelitos sonrientes que pasaban cantando alabanzas á Dios...

Acá un foco de suave fragancia, soles compuestos de discos de varias luces del iris...

En una vía de estrellitas clarísimas aparecían las vírgenes...

Más allá los confesores... los tronos de los mártires...

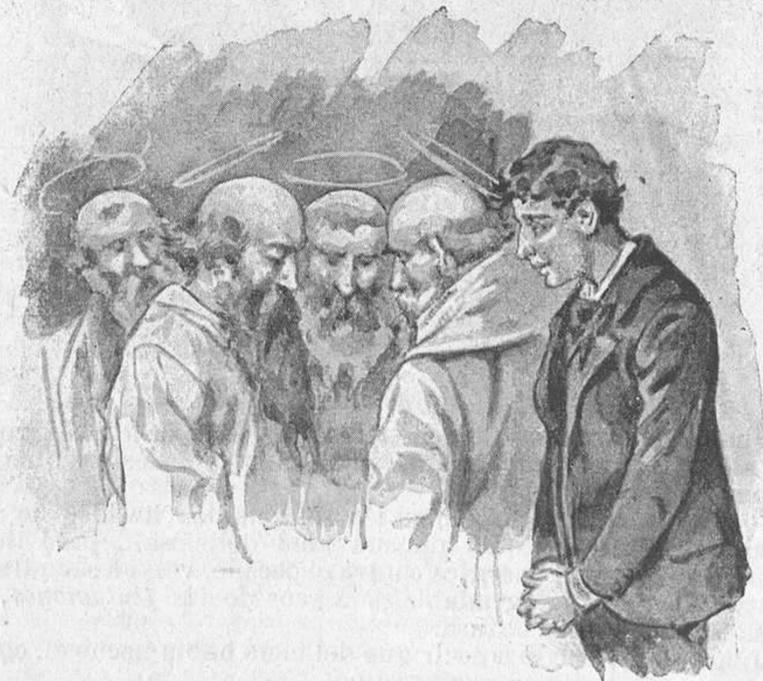
Esto pudo entrever Juanillo de lejos.

¡Ah, Dios mío! lo indescriptible, y eso que Juanillo no había pasado del celestial zaguanete y se hallaba entre dos puertas.

II

—Pues señor, aquí se está como en la gloria—se dijo satisfechísimo Juanillo, y pensó después:—¡Pero qué bobalicón soy!... ¿Pues dónde me hallo sino casi en la misma gloria? ¡Y yo, que al ver aquel hermoso anciano de deslumbrante ropaje que salió á recibirme á la puerta, pensé que era el mismo Dios!

—Ya le verás, hombre; no te apenes, que aquí no caben penas—dijo una voz,—y vió Juanito junto á así á un santo anacoreta.



—¡Mi adorado San Pablo, primer ermitaño, santo de mi devoción!—exclamó lleno de gozo Juanillo—¡Qué sorpresa!

—¿Cómo sorpresa? Pues qué, ¿no creías hallarme en el cielo?

—Sí, santo mío... pero, á la verdad, ahora me ha cogido su aparición cuando menos lo esperaba.

—Vamos, vamos, serénate, ten calma. Ya te llevaré á la presencia de Dios. Ahora tienes que esperar aquí, en la portería, hasta que te anuncien; piensa que fuera de esa puerta están muchos compañeros esperando impacientes y sin haber visto todavía ni un cachito de gloria; yo vengo aquí con otros santos á hacerle á San Pedro la tertulia.

Era el zaguán un lugar delicioso, iluminado por un esplendor violado purísimo. Se reunieron allí varios santos, entre ellos San Antonio Abad y otros anacoretas.

Veteranos de la penitencia, soldados que habían combatido rudas campañas en la Iglesia militante y se veían ya gloriosamente en la triunfante.

De vez en cuando les gustaba hablar de sus luchas en la tierra como guerreros que ya en la paz del retiro gozan recordando sus campañas.

—Tú sí que has sido feliz, bienaventurado Juanillo—dijo San Antonio al joven;—naciste con la penitencia de la ceguera, como quien dice, ya en coche para la gloria.

—Ciertamente—añadió un santo.—Si tú vieras lo que tuve yo que vencerme para no poner el gusto donde los ojos querían llevar el ánimo. Nada más peligroso para un penitente en ayuno que ver una mesa magníficamente servida, con grandes jarrones de transparente cristal, bandejas de lucentísima plata y rico oro, vinos de un color y una transparencia casi tan bellos como los del cristal y la plata. Manjares tras de los cuales se iba el apetito, frutas sazonadas, rojas naranjas, amarillas manzanas, encarnadas sandías, todo esto lo puso ante mi vista, cuando yo estaba en el mundo, un caballero rico, inspirado sin duda por Satanás... ¡Qué seducción para los ojos! Pero á bien que éstos hoy, por aquel sacrificio que hice, pueden gozar de la contemplación de la más perfecta hermosura.—Ciertamente—pensó para sí Juanillo.—Yo he gustado alguna vez sabrosos manjares y jamás tuve el disgusto de no verlos... ni me pesa no haberlos visto.

—Aquí, ya hablando en confianza—dijo un santo,—bien sabéis que yo he hecho muchas y muy duras penitencias. Pero he pasado por terribles pruebas. Hallábame en mi cueva, la cual por cierto han prolongado mucho abriéndola al extremo opuesto y convirtiéndola en túnel, por el que pasa hoy el diabólico ferrocarril... pues bien, hallábame en mi cueva puesto en oración muy extático y absorto, cuando de pronto oigo una voz suave, una voz femenina... Tapé mis oídos. ¡Qué seducción fuerte es en la tierra una bonita voz de mujer, sobre todo cuando ésta canta! Mas llegó á embriagar mi nariz un perfume delicioso... ¡Oh, que mi flaca naturaleza se rendía!... Entonces sacudíme fuertes, crueles disciplinazos, hasta sentir mis desnudas espaldas húmedas de sangre... y vencí la tentación.



Juanillo recordaba que, en efecto, mil veces las dulces voces de algunas mujeres le habían producido embeleso, y que los aromas le habían deleitado.

—Orando estaba, cuando en las sangrientas heridas de mis carnes sentí un frescor... una suavidad deliciosa... pero lleno de una resistencia enérgica contra el pecado, volví á sacudirme de recio... El tacto agradable es la peor de las tentaciones, la más brutal, la más obtusa.

Juanillo se atrevió á decir que del tacto había hecho él, como ciego, un sentido casi perfectísimo.

—Aún no había llegado lo peor—añadió el santo penitente;—faltaba la más peligrosa seducción, la de la vista.

Al oír esto Juanillo escuchó con viva curiosidad; él no había visto el mundo, y malo ó bueno hubiera querido verlo.

—Presentóse ante mi vista una joven de diez y seis años; no tenía esta pureza, esta hermosura celestial, sin mancha, de los santos; pero hay en todas las creaciones de Dios, hasta en las de la tierra, encantos inesperados. Figuraos que los ojos eran negros, de sedosas y finísimas pestañas, ojos que necesario era haberlos visto para comprender lo que valían, ojos llenos de un fuego abrasador; blancas las manos, trigueño el rostro, pero con delicadeza, descolorido, sonrosado en las mejillas, y unos labios frescos y rojos... No sabía qué admirar más, si el rubio, aquí oro, allá oscuro, de sus cabellos; el color de su cutis, ó la gallardía y la elegante proporción y el bello contorno de su cuerpo. ¡Vencí, vencí, y cerrando los ojos vigoricé el castillo dándome fieros disciplinazos!

—¿Cómo serán las mujeres de la tierra?—pensaba en esto Juanillo.—¡Y yo que no las he visto!

Habló otro santo del peligro que había corrido de perder su misticismo viendo bailar á una egipcia; otro de lo que le había perturbado la graciosa charla de una andaluza; éste de las morenas, aquél de las blancas, y convinieron todos en que la mujer es en el mundo la más hermosa tentación.

—Son tan audaciosas—dijo San Pedro,—que hasta las puertas mismas del cielo vienen muy seguras de que con sus arrumacos voy á dejarlas entrar.

—¿Sí?—preguntó Juanillo.

—Lo que oyes. ¡Alguna habrá!—replicó San Pedro.

—¿Quién me impide ver lo que no he visto?—se dijo Juanillo al oír esto, y muy cuidadosamente se fué llegando á la puerta... y miró hacia afuera.

Nada vió en un principio, pues como salía de un lugar tan luminoso, hasta la luz del sol resultaba como tinieblas... pero pronto vió el rojizo esplendor... y por él una hermosa figura, no blanca y nivea como las celestiales, sino con la coloración de la carne humana, en cuyas venas hierve la sangre abrasada por el pecado. Vió unos ojos llenos de pasión; vió unos labios rojos, una cabellera negra, un pie diminuto que por verlo bien y más de cerca avanzó dos ó tres pasos más, alejándose de la entrada del cielo, cuya puerta se cerró...



Apenas había sentido el agudísimo dolor que esto le produjo, cuando el pobre enfermo despertó.

Aún tenía la pantalla ante los ojos. Albitos le había operado hacía algunos días; ya había visto el enfermo la luz... causa del delirio de aquel sueño; pero había visto algo más: había visto á Mercedes, á su enfermera, á su prometida, y allí la tenía al lado de su cama, y aquél día podía verla algunos momentos, pues, y luego, luego... verla y amarla durante toda su vida.

—He soñado—dijo el ciego—que había perdido para siempre la gloria por mirarte; y en efecto, aquí he vuelto al mundo á tu lado... á tu lado...—dijo el enfermo estrechando dulcemente la mano de su amada.

José Zahonero.

Mezcolanza.

Para los que nos quedamos,
¡qué hermoso es el mundo así!
Te mueres, y á las dos horas
nadie se acuerda de ti.

¡No fies de ciertas glorias!
¡Son como el café más puro!
Tú analiza: de seguro
que das con las achicorias.

¿Que en lo alto de las montañas
escarabajos has visto?
No te calientes los sesos:
¡ya sabes cómo han subido!

Si no la quieres errar,
cásate con una viuda,
y así no tendrás la duda
de que te pueda olvidar.

No tires á mi tejado
más chinas, te lo suplico,
que no me rompes las tejas,
pero... me molesta el ruido.

¡Que soy veleta me dices!
Pues ¡claro que soy veleta!
¡Siempre señalando el aire
del cuerpo de mi morena!

Ayer tarde, en el café,
vi un cojo que reventaba
de risa. ¿Sabes de qué?
De un hombre que cojeaba
porque le dolía un pie.

Hay quien tiene alas muy grandes
y se parece al vencejo,
que, si una vez cae á tierra,
¡no se levanta del suelo!

Eduardo Villegas.

MENUDENCIAS

¿Que mi amor es tu vida, prenda amada?
¡Pues ya te puedes dar por enterrada!

No saltes á la comba,
querida Elena,
que tu novio conoce
todas tus medias.

¡Si estará enamorado Timoteo,
que recoge las cartas de su novia,
que se las manda siempre sin franqueo!

No siento que me hayas dado
unas calabazas buenas:
¡lo que yo siento es el duro
que le largué á tu portera!

Tengo un álbum delante.
¿Á que no encuentro un solo consonante?

Tan animal es Ramón
que, porque le dije un día
que no tiene *ilustración*,
entró en una librería
¡y compró una colección!

Siempre que vayas á casa
le tengo dicho al criado
que, en vez de que me he ido fuera,
diga que estoy mal de cuartos.

Siempre que va al teatro, tristemente
suele exclamar Ramón,
al ver bailar al coro seguidillas:
—¡Quién fuera apuntador!

Federico Canalejas.

Coplas.

Las que estén de amor sedientas,
vayan á tu alma á beber;
como es un alma de cántaro,
les aplacará la sed.

Que en mujeres es perito
dice el millonario Gil;
las mujeres aseguran
que es perito mercantil.

Luz del sol tiene la luna
y la tendrá de tus ojos...
si mejora de fortuna.

¡Cuántos que con piezas
van á los teatros,
deberían ganarse la vida
con piezas... de pañol!

Por el camino que voy,
otros fueron y han de ir;
siendo tantos los caminos,
todos llevan á morir.

Si tú fueras Eva
y yo fuera Adán

y comiéramos fruta del árbol
del bien y del mal;
si del paraíso
nos fueran á echar,
¡hasta el mundo, contigo, sería
la felicidad!

Al publicar unos versos
cierto poeta novel,
abrió la historia de España
para ver si hablaba de él.

Una muchacha cantaba:
—¡El hombre que me perdió,
merecía ser mujer
y verse como estoy yo!

En el mercado me venden
los placeres que me dan,
pero las penas que tengo
no me las quieren comprar.

Mi esperanza fué una estrella,
la experiencia la mató;
que las estrellas se apagan
al venir la luz del sol.

Comparo á los cigarrillos
el amor de esa mujer:
no se ve la nicotina,
el humo es lo que se ve.

Las praderas están verdes
y los árboles en flor;
hay amores en los nidos
y envidia en mi corazón.

Al venir la primavera,
me pongo á considerar:
—¡Una primavera menos,
y una primavera más!

Dijo que iba á ser ministro,
y un curioso preguntó
si ministro de la Guerra,
ó ministro del Señor.

Ricardo Catarinero.

El peluquero.

Vengo en favor de la clase, y no dudo que los lectores y lectoras de MADRID CÓMICO estarán conformes en todo lo que, imparcialmente, diga en pro de los *Figaros*, desde Pagés al más humilde mancebo, revestidos con largas blusas de cretona de colores.

Por modesto que sea el artista, debe suplir con la tijera, navaja y bati-dor al compás, cartabón y escuadra; esto es, debe poseer los conocimientos del dibujo lineal y no menos el de adorno.

Para ser un modelo, digno de una propina de á *real* (por cualquier servicio), deben ser discretos, político-sociales, con ribetes de economistas, y galantes en sumo grado.

Un ejemplo:

Llega á servirse el general X *retirado*, y necesariamente debe regalársele el oído—mientras se le da jabón—recordándole sus hechos heroicos, sin pasar plaza de meticuloso y puramente hablador á tontas y á locas. Á este objeto debe exponer con cultura y erudición páginas de la historia de España, y por tanto haber, no leído, sino estudiado *Los episodios nacionales*, de D. Benito, ó *La conquista de México*, de Solís.

Que el parroquiano es pintor; pues se hace indispensable manifestar el catálogo del Museo de pintura, retenido en la memoria, é improvisar el valor que pueda tener, desde el *Pasmo de Sicilia*, hasta el retrato de Goya ó del *Ticiano* con la tonalización del azul original.

Que es un *sportman*; pues debe demostrarse hasta la evidencia, recogiendo los ecos del Círculo Venatorio ó los del Salón Humber, sin ignorar los kilómetros que se pueden salvar en un *record* y la velocidad media del ciervo ó paleta, mas la distancia á que se debe tirar á las palomas torcaces, y la época en que da término ó principio la veda, y cuándo canta la perdiz y nos visitan las aves exóticas.

Que es un bolsista; imprescindiblemente no ignorar la cotización de última hora y el tipo del cambio de francos ó libras esterlinas, premio del oro, etc.

Que es un torero; pues deben establecerse las comparaciones entre el Tato y la Fragosa, ó entre el reformista (en el vestir) Mazzantini y el clásico Recatero; lo esencial es quitar y poner *moños*, trenzar y destrenzar coletas, teniendo en cuenta las circunstancias, el salto de la garrocha y más...

Que es un tenor del género *chico*; pues no sacar á relucir los gallos y la carencia de declamación.

Que es un autor cómico; pues reírle sus chistes.

Que es un autor dramático; procurar no repelarle para evitar contracción enérgica en el sujeto...

Que es un novelista; hablarle mal de los editores.

Que es un editor; decirle que no hay escritores franceses en España.

Y así á cada cual darle *coba* sin molestarle, para evitar que se vaya á que lo alaben en otro establecimiento.

Pero ahora vamos á lo más importante:

Entra por la puerta del salón un hombre de torva mirada, de gesto agrio, de mucho pelo y largos bigotes, y lo primero que debe hacerse (y se hace) es preguntarle (aunque se le confunda el nombre) por su salud, por la de su familia *toda* y darse por entendido de que las muchas ocupaciones del tal señor no le dejan tiempo para con frecuencia hacerse la *toilette*, perfilando sus hermosos cabellos elogiándole, entre párrafo y tijeretazo convertir el tipo en *sociable* hasta conseguir que él se crea guapo y que se recree ante el espejo con mirada *dulce*, con gesto simpático y bonachón, y aquel sujeto, seguramente, al abandonar la peluquería y llegar á su casa hace las paces hasta con su suegra. ¡Que es lo más que puede hacerse!

No hay halago como el de lograr rejuvenecer á uno...

Aún demostraré más.

La verdadera habilidad (por más que sea lo dicho bastante) es la parte coqueta; este secreto, que sólo tiene privilegio el maestro de la forma, es el tacto en ir cortando por milímetros los pelos al calvo, rebajar con simetría la línea de la barba, retorcer las guías del bigote á la federica ó empastar con cosmético al que lo gaste á la borgoñona, igualar las *chuletas* del flamenco, abrir con dirección recta la raya del peinado á un *gomoso* desde el naciente frontal al extremo occipital, y en las conclusiones perfumar, retocar con brillantina; cuando es llegado el término, dar una voz al aprendiz para que acuda á poner en manos del caballero el abrigo, cepillando el sombrero en el crítico momento en que el sumiso *Figaro* está pendiente de la propina inclinándose, al mismo tiempo que retira los paños de blanquísimo madapolán, dibujando un arco, pronunciado la respetuosa y gráfica palabra de *servidor de usted*.

Angel Vergara de Prado.

ADVERTENCIA POCO IMPORTANTE

Estoy enfermo y no hay coplas,
Chismes ni Correspondencia.
Por algo dice el adagio:
«¡No hay mal que por bien no venga!»

S. Delgados

LIBROS

La casa de las comadres, sainete lírico en un acto y en prosa, original de los Sres. Paso y García Álvarez, música de los maestros Estellés y Valverde (hijo), estrenado con gran éxito en el Teatro Romea.

Gente que vale, por D. Ramón A. Urbano. Forman este tomito varias semblanzas de notabilidades malagueñas, hechas con gran sobriedad, corrección y amenidad de estilo por quien se ve que conoce el paño. Ilustran el texto muchos y buenos dibujos de D. Enrique Pome. Precio: una peseta.

El gran visir, zarzuela cómica en un acto, en prosa, original de los Sres. García Álvarez y Paso, música de los maestros Chalóns y Álvarez, estrenada recientemente con gran aplauso en el Teatro Romea.

De la batalla titula Joaquín Dicenta á una preciosa colección de artículos, vigorosos y bien escritos, como todos los suyos, que, reunidos en un voluminoso tomo, acaban de ponerse á la venta. El nombre del insigne autor de *Juan José* basta para recomendar el libro, que se venderá como pan bendito seguramente.

La gente del bronce, poesías chulescas de D. Antonio Casero, digno imitador de López Silva, que como él pinta los tipos y costumbres de la clase baja con gracejo y exactitud admirables. Precede al tomo un prólogo del susodicho Silva, que ya conocen nuestros lectores por haber sido publicado en MADRID CÓMICO no hace mucho tiempo.

El coche correo, sainete lírico en un acto y tres cuadros, original de Arniches y López Silva, música del maestro Chueca, estrenado con gran éxito en el Teatro de Apolo, donde continúa representándose.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

CIENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICON

Precio, 3,50 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

GUASA VIVA

POR J. PÉREZ ZÚÑIGA DIBUJOS DE CILLA, MECACHIS Y GROS

Precio, 3 pesetas.

MIGAJAS

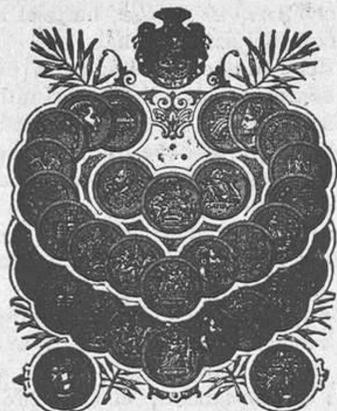
POR J. LÓPEZ SILVA

Precio, 2 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS

ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1837

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES

(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA—MARRAKESH

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º